

á ella de tal modo que olvidó sus deberes religiosos y domésticos, se endureció su corazón, y hasta se hizo sordo á las divinas inspiraciones. ¿Veis ese otro que habiendo sido religioso y honrado, de suerte que era apreciado y tenido en estimacion por cuantos le trataban, y que desmintiendo su anterior conducta se ha lanzado á disponer de los bienes ajenos que estuvieran confiados á su cuidado, resultando de esto el gemir en prisiones? ¿Cuál fué la causa? ¿Quién le hizo variar su sistema de honradez? ¿Quién le ha precipitado por la escala del crimen? La lascivia: fué seducido por el amor; sus rentas no le daban lo suficiente para mantener con lujo y ostentacion aquella atractiva y engañosa sirena, que habia cautivado su corazón, y hubo necesidad de recurrir al crimen, primero que romper los perversos lazos que á ella le unian. ¿Quiénes son esos tiernos parvulitos que recogidos en casas de beneficencia comen el pan de la caridad, sin saber quienes son los autores de su sér? ¡Qué compasion es verlos estendiendo sus tiernos brazitos al cuello de esas mujeres heroínas, de esos modelos de caridad, destinadas por su instituto al cuidado de esos seres desgraciados, y dirigirles el dulce título de madre! ¿Quién ha hecho la desgracia de estos inocentes? ¿Quién así ha tenido la crueldad de abandonarlos y arrojarlos, cual se pudiese arrojar un mueble inútil? ¡Ah! una mala mujer, una madre mas cruel sin comparacion que las mismas fieras; una mujer impura que habiendo perdido el recato propio de su sexo, quiere cubrir su crimen con uno mas espantoso. Quiere encubrir al mundo lo que no puede encubrir á los ojos de Dios, y quiere oscurecer los efectos de su lujuria con el gran crimen de abandonar el hijo de sus entra-

ñas. ¡Ah! Dios es misericordioso; no hay pecado que no esté dispuesto á perdonar; pero es mucha la penitencia que tiene que hacer una madre pérfida y cruel que abandona á su hijo, si desea que su mancha sea lavada. Tantas mujeres divorciadas de sus maridos, tantos hijos desamparados de sus padres, tantas amistades criminales que traen la ruina cierta de muchas familias, todo es producto de la lujuria. Sí, porque como quiera que un abismo llama á otro abismo, segun la espresion del Espíritu Santo (1), el que se entrega á esta desordenada pasion, corre precipitadamente de peligro en peligro, y se pierde para siempre.

No me detendré en presentaros muchos pasajes que encuentro consignados en las sagradas letras, y tan solo haré mencion de uno que no podrá menos de convenceros de las verdades espuestas. Salomon, como sabeis, fué el rey mas sábio y favorecido de Dios que ha ocupado trono alguno de la tierra. El fué escogido por el Señor para que llevase á cabo la obra del templo de Jerusalem, é inspirado por Dios, fué el autor de algunos de los libros que veneramos como canónicos. ¡Cuán hermosas son las oraciones que dirige al Señor, luego que ha terminado la fábrica del templo suntuoso, y qué espresivas las espresiones que el Eterno le dirige, haciéndole saber que acepta su ofrenda, y dispensará su proteccion á todos los que arrepentidos de sus pecados, le dirijan sus súplicas y oraciones desde el nuevo templo! Leed, mis hermanos, el tercero de los sagrados libros de los Reyes, y quedareis maravillados á vista de las bondades, de las gracias y dones que el Señor se sirvió dispensar á

(1) Abyssus abyssum invocat. Ps. XLII, v. 8.

Salomon. ¿Quién habia de creer que despues de tantas gracias y á pesar de su sabiduría, mayor que la de ningun otro hombre, habia de ser infiel á su Dios, y hasta el estremo de hacerse idólatra? Pues ello fué así, y vosotros los que estais poco versados en los asuntos bíblicos os maravillareis, y deseareis saber la causa que así trastornó el corazon del mas poderoso y sábio de los monarcas de la tierra, y le precipitó en el profundo abismo de la ingratitud para con el Dios que le habia colmado de bondades y misericordias. ¿Que-reis saberlo? Pues yo os lo diré, y aprendereis la vigilancia con que debemos vivir. La causa de que Salomon cayese en la idolatría, fué la pasion vergonzosa de la sensualidad. Mujeres caprichosas, habiendo tomado posesion de su corazon, le hicieron juguete de sus caprichos y le precipitaron al error. Semejante desgracia, á la de este célebre monarca, repítese á cada paso, en términos de hacerse innumerables las víctimas de la sensualidad.

¡Cuánto descaro! ¡cuánto alarde de lascivia! En tanto que el avaro, el ladron, el soberbio y los demás viciosos tratan de disimular sus pecados y encubrirlos en cuanto les es posible, para evitar la censura y el odio de sus semejantes, el sensual por el contrario, cual si la lascivia fuese una virtud ó una accion laudatoria, hace alarde de ello, y se goza en que todos conozcan el objeto de su amor profano, llegando este al estremo de referir como cosa positiva, lo que tan solo ha sido un sueño de su imaginacion que no le ha sido posible realizar, porque tropezó con virtudes de las que él carecia, y que no ha podido vencer. ¡Cuánto escándalo se sigue de este modo de obrar, tan contrario á la ley de Dios! ¿En qué consiste que niños que

aun no han llegado á la juventud, hablan con tanto descaro como desvergüenza de materias sensuales, y aun delante de personas de mayor edad? ¿Cuál es la causa de esa corrupcion general que se advierte en la juventud? No otra que el escándalo que producen esas personas, que no contentas con seguir sin freno sus ímpetus sensuales, arruinan las almas de los pequeños, hablando sin reparo ante ellos de sus mismos extravíos.

No quiero ofender los oidos de las personas timoratas que me escuchan, ni menos perder de vista que la inocencia forma tambien parte del auditorio, y así omito el esplicar las especies y circunstancias mas ó menos agravantes del pecado que combatimos. Los instruidos deben saberlo, y los confesores advertirán con prudencia á los que habiendo tenido la desgracia de caer, lleguen contritos á sus piés, la gravedad del pecado de que se confiesan.

Ahora bien, y supuesto que no hay un pecado mas peligroso ni al que mas espuestos estemos á caer que el de la lujuria, y que sus consecuencias son mas funestas que las de ninguno otro, se hace necesario una continúa vigilancia por parte de los cristianos, y vigilancia que se estienda á todas las personas de quien estamos encargados. Si es un crimen grande el dar mal ejemplo á las criaturas; si como dice Jesucristo, el que escandalizare á un pequeño, es digno de que le aten al cuello una piedra de molino y le arrojen al mar (1); ¿de qué castigo no se hará acreedor aquel padre, que lejos de enseñar á sus hijos á temer á Dios, les dá mal ejemplo, y les enseña á pecar? ¿Qué res-

(1) Math. cap. XVIII, v. 6.

ponderá ante el tribunal recto de Dios, aquella madre inmodesta, que enseña á su hija el modo de atraer las voluntades, que lejos de conducirla á los lugares de santificacion donde se aprende la virtud, la lleva á ciertas reuniones donde puede peligrar el recato y la honestidad, donde aprende de otras á ser voluble y caprichosa? ¿Y aquellas otras, y estas no son las menos, que habiendo quedado viudas, sostienen á presencia de sus hijos amistades que aun sin esta agravante circunstancia serian criminales? ¡Ah! Que tiemblo por la suerte infeliz de estos padres, que así se olvidan del sagrado deber de educar á sus hijos cristianamente, enseñándoles el camino del bien, y apartándoles de aquellos que conducen á la perdicion.

No creo separarme del asunto que nos ocupa, si hago severos cargos á aquellas madres que por otros medios, cuyas consecuencias tal vez no han premeditado, contribuyen á que nazca en sus hijas el apetito ó deseo de los placeres de la sensualidad. Hay en verdad, ciertos vasos, que por el adorno con que están embellecidos, ocultan el activo veneno en que rebozan, y estos son los libros perniciosos en los que se presentan los vicios disculpados si no celebrados. ¿A qué no estará espuesta una jóven que lee con avidez un libro, en el cual el descaro y desenvoltura se aplaude como efecto de una imaginacion asaz viva y perspicaz? ¿Qué efecto no le causará el leer en algunas de esas novelas corruptoras de toda moral, y de las que por desgracia está plagada la sociedad, una aventura de amores en la que se pinta con bellos colores y escogidas espresiones la heroicidad de la pasion de una jóven que por seguir al objeto de su cariño, ó mejor dicho, á sus inspiraciones sensuales, abandona la casa

de sus padres, las tiernas caricias de los autores de su vida? Pues bien, madres hay tan imprudentes y faltas de precaucion, que por sus mismas manos aplican el veneno á los inocentes lábios de sus hijas, abriéndoles el camino de su perdicion. Si deseais, padres de familia, que vuestros hijos no se pierdan, que no sean víctimas de la sensualidad, procurad educarlos en el santo temor de Dios, y arrojando al fuego esos libros que no sirven mas que para destruir todo principio de moral y de religion, introduciendo la ponzoña del pecado en el corazon, poner en sus manos libros que les enseñen el camino del bien, que les haga conocer los premios que el Señor tiene reservados para los que son puros de corazon, y los castigos que prepara para los impuros y malvados. De este modo, y ayudados con el buen ejemplo que le dais, conseguireis ir formando unos corazones rectos, y esto os servirá aun para vuestro mismo beneficio, pues acostumbrados desde sus mas tiernos años á obrar con rectitud, serán buenos hijos, disponiendo el Señor en premio de haber vosotros cumplido con tan sagradas obligaciones, que ellos sean el amparo y báculo de vuestra vejez.

Trabajad, pues, hermanos míos, por vuestra salvacion: todo importa menos que la salud del alma, y esta se pierde prontamente por la sensualidad. Si estais dominados por este vicio funesto, lejos de ir curándoos de él, estais espuestos á morir en vuestro pecado y condenaros, no porque Dios deje de ser misericordioso, sino porque en la lascivia sucede exactamente lo mismo que en la avaricia, que se va aumentando de dia en dia, conforme el corazon se va aficionando á sus efectos. ¿Habeis visto muchos ava-

ros de esos que forman su caudal á fuerza de crímenes, que arrepentidos de su criminal modo de vivir, se arrepientan, y restituyan ó repartan á los pobres lo que ganaron con la usura? Son muy pocos, porque los mas, mueren con el sentimiento de no poderse llevar su caudal que quisieran conservar eternamente. Pues lo mismo sucede al sensual, pues avivándose cada dia mas la llama que le devora, se aparta de unos placeres y busca otros tal vez mas criminales, formando de todos ellos una cadena que rara vez corta con su arrepentimiento y que vienen á dar con él en el infierno.

San Pablo, ese Apóstol imitador fiel de Cristo en sus virtudes, se queja lleno de amargura, al advertir en sus miembros una ley que contradice á la de su voluntad, y quiere llevarle esclavo al pecado. ¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de esta muerte? Y en seguida se responde á sí mismo lleno de fé: me libraré la gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor (1). En efecto, la gracia de Dios libró á San Pablo: esta misma gracia hizo triunfar á San Gerónimo, que se quejaba con dolor en el desierto por las violentas tentaciones con que era atormentado. ¿Quién sino la gracia de Dios, pudiera hacer salir victorioso á Antonio Abad, cuando el demonio habia apurado todo su ardid maldito, y rodeándole de fuertísimas tentaciones para que cayese? ¡Ah, mis hermanos! La gracia de Dios sabe hacer prodigios en nuestro favor, y esta gracia, con la que vencieron tantos y tan ilustres héroes como veneramos en los altares, nos ayudará á nosotros si la pedimos al Señor y correspondemos á ella. Pero yo tiemblo, mis hermanos, al leer en el

(1) Ad. Rom. cap. VII, v. 23 et seq.

Profeta Oseas, lo difícil que es mover los corazones de los sensuales, y que en ellos hagan efecto las instrucciones y amenazas: pero al mismo tiempo me sirve de consuelo, el que si es difícil, no es imposible, puesto que la gracia allana todos los caminos. ¿No podemos conseguir los mismos triunfos que consiguieron los santos? Ciertamente que sí, pues que ellos fueron de nuestra misma carne, y sintieron las mismas pasiones que nosotros, y tuvieron que sostener luchas terribles.

Para conseguir el triunfo, procurad apartaos de toda ocasion peligrosa, y vivid con vigilancia: el que ama el peligro, en él perece, y siendo tan débiles nuestras fuerzas, prontamente nos perderiamos si no procurásemos huir del lugar en que podemos caer. No olvideis lo que nos advierte el Apóstol, que somos templos de Dios, y que el templo de Dios es santo. ¿Os atreveriais á tomar el ara de ese altar, y arrojarla á un lugar inmundo? El solo pensamiento de este crimen, os hace estremecer. ¿Y por qué? Porque sobre ese ara se coloca el cuerpo del Señor. ¿Y no se coloca del mismo modo en vuestro corazon cuando le recibís en la sagrada comunión? ¿No sois entonces, su ara, su altar, su templo? *¿Nescitis quia templum Dei estis, et spiritus Dei habitat in vobis?* Procurad, pues, no profanar en la lascivia esos cuerpos que son de Jesucristo: huid de un pecado de tan funestas consecuencias, y practicad la virtud santa de la castidad, y de este modo sereis agradables á los ojos del Señor, y ayudados con su divina gracia, tendreis la dicha de recibir los premios que están reservados para los que cumplen la ley de Dios, que es la posesion de la Bienaventuranza de la Gloria, que os deseo á todos en el nombre del Padre, etc.